

ESTUDIOS

LA CONCEPCION HISTORIOGRAFICA DE MARIO BRICEÑO IRAGORRY

por Diana Rengifo*

**“La historia no ha realizado entre nosotros
su verdadera función de cultura y el pueblo vive aún
en la linde mágica de la liturgia de esfemérides.**

Mario Briceño Iragorry, *Mensaje sin Destino*.

INTRODUCCION

Adentrarse en la obra de un historiador como Mario Briceño Iragorry, pionero en la búsqueda de caminos nuevos dentro de una historiografía plena de vicios y de carencias, para indagar sobre su concepción historiográfica, obliga en primer lugar a dilucidar una serie de categorías que coloquen al lector en posición de comprender sin muchas vueltas, lo que se intenta explicar.

En primer lugar vamos a definir qué entendemos por *concepción historiográfica*, para lo cual nos basaremos en lo dicho por Germán Carrera Damas, uno de los especialistas que más ha escrito sobre la historiografía venezolana. Para Carrera,

“una concepción historiográfica es la resultante de un proceso de activa asimilación de valores de variada procedencia en una visión del pasado que, apegándose a métodos y técnicas, conforma un producto cultural que llamamos historia (...) tiene carácter dinámico y es de elaboración continuada, en razón de la asimilación, naturaleza y procedencia de los valores asimilados. Estos últimos serán derivados de la Filosofía, Economía, Sociología, etc., y se funda en la interpretación del hecho histórico.”⁽¹⁾

Es decir que el bagaje cultural del historiador, su participación como intelectual en el contexto socio político donde se desenvuelve, la ideología que profesa, etc., son factores que contribuyen a la escogencia e interpretación que haga de los hechos del pasado, y por lo tanto, de la estructuración de su obra histórica. El tratamiento crítico de los

(*) Doctora en Historia. Universidad de Los Andes.

(1) Carrera Damas, Germán: *Historia de la Historiografía Venezolana*, Caracas, 1961, p. XIII.

testimonios y la elaboración metódica de los datos que incorpora a su discurso, serán los elementos que globalicen su concepción historiográfica.

Se nos plantean entonces nuevas definiciones de *historiografía* en primer lugar y subsecuentemente, *discurso histórico* y *crítica histórica*.

La definición más simple de *Historiografía* dada por los diccionarios enciclopédicos, habla de “arte de escribir la historia”. Por su parte en la Enciclopedia de Ciencias Sociales encontramos:

“La historiografía es el medio de comunicar por escrito lo que el historiador cree saber acerca del pasado. La comunicación eficiente y efectiva exige de él que al escribir historia ordene lo que sabe con arreglo a un principio de coherencia. El principio de coherencia tradicional y el más comúnmente empleado por los historiadores es la narrativa...”⁽²⁾

De hecho, la narración es el recurso literario del que se vale habitualmente el historiador para escribir su interpretación del hecho histórico, lo que no significa siempre un buen uso de esta habilidad. Lefebvre describe la historiografía como “**la historia del desarrollo de la ciencia histórica**”.⁽³⁾ Es justo pensar a partir de lo dicho, que sería una definición apropiada decir que *la historiografía* es el conjunto de juicios de carácter histórico de los cuales se deja testimonio escrito, sobre un hecho o hechos trascendentes considerando como tales aquellos que constituyen factores de desarrollo o transformaciones cualitativas en la vida de una colectividad. Son *juicios* porque el historiador escoge e interpreta los datos que avalan su elección.

Datos que el investigador encontrará dispersos en distintas fuentes editadas o no, recogidas tras acuciosas y tesoneras búsquedas. Muchos documentos, como cartas, diarios, testamentos, escritos sin intención histórica, se convierten a la larga en testimonios de hechos y sucesos, y por consiguiente, en la base documental de una investigación de carácter histórico.

El desarrollo universal de la Historiografía, a la larga ha dado origen a una nueva disciplina paralela a la Historia: a *la Historia de la Historiografía*, la cual ha sentado las bases para indagar mediante una interpretación metódica de la obra de un autor, cómo se ha escrito la historia sobre la base del análisis de su discurso histórico.

Este estudio se hace necesario porque aún cuando pareciera que basta con referir un suceso para que se comprenda, el discurso histórico conlleva un modo de expresar y disponer las ideas, un estilo que engrana la estructura formal, que constituye la huella individual de cada autor.

La estructura formal es la base donde se asienta la reflexión del historiador sobre un hecho histórico. El análisis crítico de este conjunto, del uso de las fuentes empleadas para configurarlo y de las fuentes mismas si es preciso, es lo que dará forma a la *Crítica Histórica*, que según León Halkin, es el “**método científico destinado a distinguir lo verdadero de lo falso en la historia y en su dialéctica**”.⁽⁴⁾

(2) Hexter, T. H., “La Retórica de la Historia”, en *Enciclopedia internacional de las Ciencias Sociales*, Bilbao, 1975, t. V, p. 451.

(3) Lefebvre, Georges, *El Nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, 1974, p. 11.

(4) Halkin, León, *Iniciación a la Crítica histórica*, Caracas, 1968, p. 21.

La afirmación de Halkin ciertamente clarifica el sentido de la crítica histórica respecto del discurso histórico. porque, estrechamente vinculada con la historia de la historiografía, la crítica histórica permite el estudio exhaustivo de la obra de un autor, **“seguir la evolución de su pensamiento y precisar el verdadero contenido y real significado del mismo”**.⁽⁵⁾

El estudio crítico de la Historiografía necesita un aparato metodológico preciso que a la vez permita advertir cómo se resuelven las cuestiones de orden estructural en el autor estudiado. El problema del método así como el modo de ordenar datos e ideas es sumamente importante dentro del discurso histórico, puesto que el empleo de cualquiera de las corrientes metodológicas (trasfondo ideológico) que haya servido al historiador como apoyo de su trabajo, determinará su concepción historiográfica. Con lo que se vuelve al punto de partida.

El discurso histórico refiere necesariamente a hechos pasados, por consiguiente inmodificables, más, el enfoque que se haga de ellos desde la perspectiva del tiempo histórico del investigador, de la intencionalidad de su discurso y de la ubicación que se les dé en su propio contexto, hacen posible su distorsión. Es decir que hacen posible la manipulación de la historia.

La historia es un *continuo* donde se imbrican pasado y presente, y como dice Marc Bloch, **“La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es quizá menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente”**.⁽⁶⁾

Esta premisa es enriquecida por Halkin al afirmar que cuando se discute la posibilidad de historiar el presente debe invocarse **“la necesidad de aguardar los resultados de un movimiento llevado a su término”**.⁽⁷⁾ Es decir que para historiar es necesaria la perspectiva del tiempo. Del tiempo o contexto temporal del historiador y del proceso o tiempo que se narra. La comprensión y aplicación de estos principios definirán la forma de abordaje que de los procesos, haga el historiador.

Briceño Iragorry manifestó en alguno de sus prólogos, por ejemplo, que lo llevó a escribir *Casa León y su Tiempo*, –obra que refiere fundamentalmente la dura transición temporal de la Colonia a la República y cómo sobreviven a ella los espíritus acomodaticios y mezquinos de los políticos,– fue observar la corte de adulantes que rodeaba al General López Contreras después de la muerte de Gómez. Transposición de tiempo y circunstancias, pero igual esencia en los actores y escenario común.

La obra de Briceño Iragorry se aborda dentro del proceso de desarrollo de la historiografía venezolana, conceptuándolo como elemento de enlace entre las metodologías decimonónicas, específicamente la positivista, y los nuevos caminos que para la crítica histórica se abren a partir de la década de los cincuenta.

La acuciosidad investigativa de Mario Briceño Iragorry, la forma misma de historiar literariamente, sin la rigidez fría del científico puro y sí con una estructura fabularia que

(5) Carrera, Germán. *Ob cit.*, p. XVII.

(6) Bloch Marc, *Apología de la Historia*, La Habana, 1971, p. 81.

(7) Halkin L. *Ob cit.*, p. 16.

mantiene en primer plano la moraleja pedagógica, no desmerecen la autenticidad del hecho ni la intención interpretativa.

Tres constantes se hacen presentes en su obra, respecto a la Historia de Venezuela: *interpretarla, escribirla y enseñarla*, hitos que a modo de triángulo se relacionan entre sí y señalan un propósito educativo permanente en la elaboración de todos sus escritos.

Briceño Irigorry, insiste hasta el cansancio en la necesidad de conocimiento de la propia historia por parte de la gente común, del pueblo, porque la historia es el elemento substanciador de su identidad nacional. El historiador tiene un rol fundamental en la elaboración como sustancia digerible, de ese conocimiento, y la transferencia que haga de él a ese elemento receptor-procesador-transformador que es el pueblo, es de su absoluta responsabilidad. El otro elemento que desde su perspectiva debe trabajarse permanentemente es el de la redefinición de la enseñanza de la historia y de su metodología.

Este trabajo intenta acometer estos aspectos del discurso de la obra histórica de Mario Briceño Irigorry a fin de precisar su concepción historiográfica.

DEFINICION Y UTILIDAD DE LA HISTORIA

Definiciones de la Historia existen tantas como juicios históricos haya, sin embargo muchos coincidimos en definir la Historia como una disciplina social que se ocupa de conocer e interpretar los hechos trascendentes de los hombres en el tiempo.

Esto quiere decir que la Historia estudia las acciones de alcance social de los hombres en el tiempo. La relación pasado-presente, cabalga sobre el puente de la continuidad que representa justamente la Historia. Es por lo que Lefebvre afirma que:

“...La historia no está escrita de una vez por todas, que no está hecha de una especie de materia petrificada, sino que ha estado gestándose permanentemente, que lo está todavía hoy, que lo estará mañana igual que ayer, que evoluciona con la civilización humana...”⁽⁸⁾

De hecho, la historia se reescribe e interpreta con cada nueva generación, porque cambia el enfoque y la capacidad de respuesta de ciertos hechos ante nuevas situaciones vitales de la sociedad.⁽⁹⁾

Precisamente, para Briceño Irigorry lo que dá carácter histórico a un pueblo es la capacidad de conocer y asimilar la secuencialidad de las hechuras de las generaciones precedentes y la continuidad que les den las subsiguientes edificando sobre las bases echadas, con la madurez suficiente para discernir sobre lo que se debe conservar y descartar, sin destruir.⁽¹⁰⁾

Briceño Irigorry concibe la Historia como una trinidad de vértices encadenados. Así la Historia es : a) Patrimonio moral de una nación, b) Memoria social y c) Eje formativo en el proceso de reelaboración cultural de cada nueva generación.

(8) Lefebvre, G. *ob. cit.*, p.11.

(9) Schaff, Adam, *Historia y Verdad*, Barcelona, 1976, p.

(10) Briceño Irigorry, Mario, *Mensaje sin Destino*, Caracas, 1980, pp. 52-53.

La moralidad histórica significa para él mantener posiciones de principio. Mantener una actitud ética frente a la vida; contener una fuerza espiritual que por sí misma ubica al individuo en su lugar histórico.

La posibilidad para el pueblo de acceder al conocimiento pleno de la historia y de los modelos o paradigmas de estas virtudes, fomentará el desarrollo de la fuerza ética que contribuirá a movilizar a los hombres como constructores de la nueva historia.

En este sentido, el más completo de sus modelos moralizadores va a ser El Regente Heredia. Criollo antillano, es el prototipo del hombre nuevo que pese a formar parte del engranaje colonial logra poner distancia frente a los acontecimientos que configuran el proceso separatista y analiza con dolor de desgarró y con esperanza nueva el derrumbe inexorable de su mundo.

Quizá sea este el personaje más cercano al propio Briceño Iragorry. El inquebrantable sentido de justicia de Heredia, lo obliga a tomar conciencia de su propio tiempo y a situarse en una posición por demás incómoda. **“Para nosotros –dice Don Mario– Heredia adquiere contornos ejemplares cuando se despoja de los sentimientos partidistas y aparece en función de servir a la humanidad”.**⁽¹¹⁾

Heredia es despojado de su rango de Regente provincial por convertirse en conciencia culpable de España al obligar a la corona española a ver y calibrar los propios errores.

En Briceño Iragorry, un proceso de concientización semejante, una toma de posición definitiva en su vida, lo llevará hasta el exilio, porque su obra escrita es un modo de publicitar las inquietudes ideológicas, morales o políticas que lo perturban. Le sirven para colocarse a sí mismo las cartas sobre la mesa y tomar posición ante su propia realidad *por interpósitos hechos*, es decir, tomando como pretexto los personajes históricos cuyos modelos desarrolla a través de sus ensayos.

Reiterativamente justifica sus afirmaciones y señala que la Historia a pesar inclusive de los historiadores y de los actores que la protagonizan, es la luz que ilumina el devenir sociopolítico de los pueblos. **“La Historia –dice– sirve para pintarnos el proceso doloroso por medio del cual se desvió el paso cívico, y los dirigentes encargados de iluminar caminos marcaron rumbos oscuros a la colectividad”.**⁽¹²⁾

Este tipo de afirmación es la que genera represalias por ciertos estamentos de poder. No debe olvidarse que la Historia oficial de las naciones es siempre un producto cultural clasista y las clases dominantes necesitan mantener a toda costa el orden existente. Como dice Carlos Rama,

“Los libros de Historia desde siempre han sido usados para proveer a las masas y en especial a las nuevas generaciones, los elementos de la ideología oficial, tal como le interesa a los estratos sociales superiores”.⁽¹³⁾

Esa tendencia actúa necesariamente sobre la naturaleza del pensamiento histórico; entonces se fuerza la interpretación del hecho, reduciendo al mínimo –o exagerando– la participación de las masas populares en él. Se minimiza la carga educativa referente a los

(11) Briceño Iragorry, Mario, “El Regente Heredia”, en *Obras Selectas*, Madrid, 1966, p. 219.

(12) Briceño Iragorry, Mario “Introducción y Defensa...” en *Obras Selectas*, Madrid, 1966, p. 547.

(13) Rama, Carlos, *Nacionalismo e historiografía*, Madrid, 1981, p. 9.

valores intrínsecos de la nación y por consiguiente se poda a la Historia de una de sus funciones más importantes cual es la de servir de baluarte contra las agresiones culturales que vienen de fuera.

La elaboración de la historiografía latinoamericana y consecuentemente, la venezolana, se liga estrechamente a la concepción ideológica de los grupos dominantes. La historiografía gomecista fue escrita desde la perspectiva positivista. La de la Democracia tiene una carga ideológica proyectada desde la ubicación político-partidista de los autores en su mayor parte.

Tradicionalmente, han sido las oligarquías terratenientes y más recientemente la burguesía comercio-industrial quienes se han sostenido hegemónicamente en o trás el poder de las naciones latinoamericanas. Desde que se llevaron a cabo casi simultáneamente los procesos separatistas y el nacimiento de las Repúblicas, nuestros países han padecido de distintos modos la transformación de sus sociedades tradicionalmente agrarias a urbanas e industrializadas; ello ha ido aunado a una serie de violentos cambios culturales e ideológicos consecuencia del constante bombardeo uniformador y extranjerizante a que nos vemos sometidos a través de los medios de comunicación, por lo que los grupos de poder fomentan la creación de núcleos intelectuales en los que apoyarse para difundir su propia versión cultural del país. Es decir, crear lo que se llama "cultura nacional". Producto o parte de ella, son las corrientes historiográficas contemporáneas.

A través de la visión común de grupos de historiadores apegados a los centros de poder, se construye y elabora una historiografía cuya finalidad es la de justificar la actuación de éstos, y la historia se transforma de este modo en discurso político.

Si se destapa esta olla podrida, la reacción represiva es inmediata. Briceño Iragorry manifestó por ello en *Introducción y Defensa de Nuestra Historia*, que **"nuestra historia está enferma de mala intención en su propia raíz estructural"**.⁽¹⁴⁾ Por lo que hace a lo largo de este y otros escritos, propuestas reiterativas sobre la interpretación y enseñanza de la historia.

La historiografía briceñana es hispanista y nacionalista, es decir, está también contaminada de los mitos prevalentes en la historiografía venezolana tradicional. Pero con él se inicia el *cambio de uso* de estas categorías. Tanto su defensa de lo nacional a partir de las tradiciones, de la exaltación de los valores morales de próceres civiles o militares, como de lo hispánico como producto cultural de un pueblo, tiene caracter antiimperialista.

Por ello, hasta no conocer a fondo su obra, no es posible calificarlo como prohispanista o a él como defensor de la "Leyenda Dorada". Su propia contextualidad histórica, lo configuran como un historiador transicional entre la epicidad en sí misma y el análisis utilitario de los hechos, hacia la construcción de una conciencia histórica no tendenciosa.

LA HISTORIA COMO MEMORIA SOCIAL

Georges Lefebvre afirma que **"...la historia es en cada instante, la memoria del género humano; proporciona a éste conciencia de sí mismo, de su identidad, de su**

(14) Briceño Iragorry, Mario, *Obras Selectas*, Madrid, 1966, p. 548.

situación en el tiempo, de su continuidad.”⁽¹⁵⁾ Será la historia memoria de los pueblos en tanto que conocimiento transmitido en su dimensión correcta, más su instrumentalización por parte de los grupos dominantes configura la historia política, que es la que tiene mayor prevalencia entre sus infinitos matices y generalmente es desfigurada.

La historia política suele desvirtuar la acción popular en beneficio de líderes individuales, sin conservar un justo equilibrio. Esto ha permitido la creación de una historia cargada de mitos, que se cotiza en el mercado de las ideas como producto científico.

Briceño Iragorry inicia un cambio revolucionario en el modo de historiografía, cuando haciendo un uso novedoso del documento, logra analizar minuciosamente las acciones de héroes y antihéroes. Un ejemplo perfecto lo consigue en el trabajo “*María de Santiago*”, en *Gentes de ayer y de hoy* donde a partir de un anónimo testamento reconstruye la cotidianidad de una mujer también anónima que representa la vida normal del pueblo rural en una determinada época. La gente común adquiere una significación distinta en su modo de historiar.⁽¹⁶⁾

Para Briceño Iragorry, la historia permite también el rescate de antiguas e importantes tradiciones que conforman la esencia identitaria de una sociedad, y que son elemento indispensable para el proceso de reelaboración cultural de cada generación.

“Tradición no es –dice– un concepto estático que lleva a mirar ciegamente hacia valores y conceptos pretéritos. Tradición es por el contrario, comunicación, movimiento, discurso. ...Legado de cultura que el tiempo nos transfiere para que después de pulido y mejorado por nosotros, lo traslapemos a las futuras generaciones”.⁽¹⁷⁾

Para él, son las tradiciones formativas las que cuentan, por ejemplo, la significación democrática del Cabildo como voz de la Ciudad. Son tradiciones nacidas y conservadas en el medio familiar trujillano, donde se considera la ascendencia hispánica uno de los valores fundamentales.

Para el trujillano, el mestizaje a que se obligaron seguramente los primeros ancestros durante la conquista, es circunstancia breve. Los cruces posteriores, se hicieron luego casi siempre entre godos cuyo objetivo era conservar tierras y poder político.

Briceño se da cuenta de que los venezolanos nos hemos empeñado en el olvido y descarte de todo aquello que quienes nos liderizan consideran obsoleto, contrario o inservible. Como conglomerado, hemos perdido el hábito de evaluar para conocer los beneficios o efectos negativos de algún programa ya sea económico, social o cultural y nos hemos hecho maestros de la improvisación. Aún siendo un pueblo de mentalidad conservadora, somos fanáticos de las “modas” de acuerdo a las circunstancias del momento. Ello nos ha impedido madurar y nos ha llevado a vivir en una permanente crisis como pueblo histórico. Así plantea:

(15) Lefebvre, Georges, *ob cit*, p. 12.

(16) Briceño Iragorry, Mario, *Presencia e Imagen de Trujillo*. Caracas, 1981, p. 143.

(17) Briceño Iragorry, Mario, “Introducción y Defensa...” en *Obras Selectas*, Madrid 1966, p. 548.

“Se ha pensado irreflexivamente, que todo debe ceder ante la excelencia y la ventaja de lo nuevo, sin meditar que muchas cosas antiguas tiene derecho cabal de permanecer al lado del fasto de última hora. Nuestro desacomodo social, la violencia de los tránsitos políticos, el ascenso sorpresivo de las fuerzas bárbaras a la rectoría de los pueblos, el prurito de no concluir los procesos que inició el sistema o la generación anterior, son factores que explican el poco escrúpulo que se ha tenido para arrasar con el pasado”.⁽¹⁸⁾

Briceño Iragorry considera que el sentido de lo tradicional estriba en la conservación de valores morales y costumbres que nos dan singularidad identificatoria como pueblo, y es hispanista como sinónimo de tradicionalista. El hispanismo es para él, culturalmente, a través de la religión católica, la lengua castellana y sus instituciones, el elemento uniformador hispanoamericano... Nada más. Porque los grupos indígenas difieren en cuanto a estadio cultural al momento de la llegada de los conquistadores. La cruenta guerra de conquista, la imposición de la lengua, de la religión y de las instituciones, por violenta que fuera, fragua el carácter continental del *criollo americano* cuya homogeneidad cultural, proviene entonces de los vínculos hispánicos.

En los territorios donde se cultivaron los grandes imperios, subsisten casi puros los pueblos iniciales. Toda la violencia represiva conquistadora no pudo destruirlos. Eran pueblos con profundas raíces culturales y tradiciones antiguas. México, Nicaragua, Guatemala, Perú, Bolivia, Chile, conservan un elevado porcentaje de población indígena y muchos de ellos, consecuentemente, un importante nivel de mestizaje.

Esta masa mestiza conforma pueblos discriminados y marginados por la hegemonía del criollo, pero están presentes, perviviendo y haciendo escuchar su voz violenta cuando les es posible, como en el caso de Chiapas en México.

En donde no había arraigo cultural profundo, vencieron los invasores de modo definitivo. Se produjo un proceso de asimilación social que dió fisonomía nueva y permanente a las comunidades que nacían. Un proceso lento y definitivo que ahora peligrante ante nuevas formas invasivas. Nada contribuye más a **“estrangular la conciencia de los pueblos –dice– como el debilitamiento de los hábitos, usos y costumbres que arrancan de sistemas tradicionales e implantar en lugar suyo usos y hábitos que corresponden a otras áreas culturales”**.⁽¹⁹⁾

Este es el hispanismo proyectado por Briceño Iragorry: una suerte de *ideología* iberoamericanista, a ser usada como contrapartida autóctona contra los nuevos invasores, ideario perfectamente válido y compartible si se asimila su calidad antiimperialista de arraigo tradicional, basado en un mestizaje integral como *superación* de el proceso destructivo de la conquista.

Este discurso, político y educativo, sustentado en la indagación histórica, responde a un contexto histórico político *que es el que vive* Briceño Iragorry. José Bulnes Aldunate: explica al respecto que:

“...el discurso político de una época no puede ser el mismo que el de otra, y lo que nos parece hoy tan obvio de las épocas, se ha de entender también de

(18) Briceño, Iragorry Mario, *Idem*, p. 604.

(19) Briceño Iragorry, Mario, *Ibidem*, p. 613.

las culturas y de los contextos tradicionales, religiosos, nacionales, de clases, de grupo, etc., no pudiendo plantearse un discurso universal y suprahistórico propiamente político”.⁽²⁰⁾

Briceño Iragorry produce lo más denso de su obra en el marco de acontecimientos nacionales e internacionales que no sólo marcan su discurso sino también la recepción y respuesta de sus contemporáneos. La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española, la postdictadura gomecista, la “Revolución de Octubre” y la dictadura perezjimenista son parte de la causalidad creativa de este autor, catártico en cada una de sus obras. Producto de ésto es la virulencia con que es calificado de peyorativamente de “hispanista”, y el hecho de que hoy día se revalore su obra.

LA HISTORIA COMO EJE PEDAGOGICO EN LA FORMACION DE LOS PUEBLOS

Briceño Iragorry usa prolíficamente el sustantivo “pueblo” a lo largo y ancho de toda su obra. Una de sus preocupaciones básicas es cómo se educa al pueblo y el uso de la historia como piedra angular de ese proceso educativo.

A partir de sus argumentaciones acerca de lo hispánico como elemento esencial de nuestra idiosincracia, cuando utiliza el vocablo pueblo, lo usa en varios planos cualitativos: el primero relativo al suelo, lengua, religión y tradiciones como elementos unificadores de los pueblos iniciales, de las naciones; otro que refiere a las instituciones hispánicas americanizadas que representan o sirven al pueblo. Luego como el elemento social, lo considera parte de la globalidad que estructura la Nación, esta última como el factor vital y responsable del valor espiritual “nacionalidad”, cuyo sustento básico es la *Conciencia Nacional*.

El proceso de concientización que lleva a asimilar e internalizar el nacionalismo como elemento definitorio de la sociedad venezolana, pasa necesariamente, para Briceño Iragorry, por el conocimiento y asimilación de su desarrollo histórico sin desvirtuar, negar o avergonzarse de ninguna de sus etapas. Y en este caso se refería específicamente al período colonial, preterido a conciencia por los historiadores de la primera mitad de este siglo XX en Venezuela. Es a partir de su propia obra cuando comienza un proceso de revisión y análisis documental tendente a iluminar esta etapa histórica de nuestro proceso formativo de nación.

Otro de sus aportes respecto a la educación popular y enseñanza de la historia, es la insistencia en que se enseñe una historia crítica y no dogmatizante. Una historia donde se indique al pueblo cuál ha sido su rol, positivo o no, en los avatares nacionales.

En *Los Riberas*, manifiesta con sencillez su preocupación por el papel de la escuela en el proceso formativo del pueblo y del *uso-abuso* que se hace de la Historia a través de maestros sin vocación ni mística para la enseñanza. “**Para los fracasados de las letras, las escuelas de aldea fueron un alivio y un refugio**”.⁽²¹⁾ Lo expresa sin intención proyectiva y sin embargo, ¡como es actual ese pensamiento!. La carga de frustración, la falta de espíritu para la lucha y la escasa preparación para la emulación, generan un círculo vicioso

(20) Bulnes Aldunate, José María, “Determinaciones retóricas del discurso político latinoamericano” en *El Discurso Político*, México, 1980, p. 33.

(21) Briceño Iragorry, M., *Los Riberas*, 1957, p. 71.

de conformismo y mediocridad que ahoga a las generaciones subsiguientes. Describe por ejemplo cómo en su tiempo se da a las escuelas rurales el nombre del presidente de turno a quien se venera con flores, como a los santos:

“Sobre la puerta de una casa pajiza se podía leer un letrero que decía “Escuela Gómez”. Así se llamaba la escuelita del pueblo. Diez años antes pudo llamarse “Escuela Castro”. La humillación de la política llegaba hasta esos remotos, silenciosos, sencillos lugares, para sembrar en lugar de luces el temor reverencial a los gobernantes”.⁽²²⁾

Miedo e ignorancia se transmitían –y aún ocurre–, y sembraban a través del uso maniqueo y político de la historia.

Para don Mario, la Historia debería ser la fórmula para el discernimiento y camino para el rescate de la dignidad popular, cuyo uso puede inclusive, bien subvertir el orden establecido, como mantener los pueblos sometidos al miedo.

EL PAPEL DEL HISTORIADOR

Ante toda esta reflexión es indudable que para Don Mario, cuya obra se vuelve permanente militancia para sí y para sus lectores, el rol del historiador es de básica importancia. El historiador tiene una carga de responsabilidad ineludible, respecto a la sociedad en la que se desenvuelve. En *Los Riberas* lo expresa claramente:

“...ni pretendo que se me tome por hombre libre de responsabilidades en el trozo de historia nacional a que se refieren estas páginas; insisto por el contrario una vez más en abordar el gran drama social e histórico de mi país sin intentar presentarme como mero testigo asomado a los bordes del jardín donde se celebró el festejo”.⁽²³⁾

Don Mario comienza a historiar en una etapa de la vida venezolana en la cual la metodología de las Ciencias Sociales se nutría sólo del Positivismo. Cualquier desviación era mal vista. Ello impedía la participación tanto crítica como pragmática del investigador en su confrontación con el hecho histórico. Sólo que no era posible evitar la “contaminación” que viajaba en alas de nuevas doctrinas políticas o en los manifiestos de nuevas corrientes del conocimiento de lo social: la escuela Francesa que reivindica lo social en la Historia, o el marxismo como metodología comienzan a hacerse sentir. Se manifiestan investigadores de la historia, como Enrique Bernardo Núñez, Salvador de La Plaza o Juan Bautista Fuenmayor, que visualizan la problemática histórica de modo distinto al que se manejaba, y coinciden con Don Mario en la propugnación de una posición crítica para la investigación histórico-social.

Salir del cascarón normático de la supuesta objetividad del investigador y asumirlo, es una necesidad en lo que refiere a Ciencias Sociales. Según Halkin, a quien ya hemos citado, el problema estriba en que “...Haga lo que hiciere por reaccionar honestamente contra sus tendencias, el historiador, –como todo escritor–, se expresa a sí mismo en sus obras. No renuncia a desear y buscar la mayor objetividad posible, pero no

(22) Briceño Iragorry Mario, *Los Riberas*, 1957, p. 72.

(23) Briceño Iragorry Mario, *Idem*, p. 8.

puede mirar sin atribuir forma y color a lo que ve”.⁽²⁴⁾ Y lo que ve oficialmente, es una documentación producida fundamentalmente por los detentadores del poder .

Por eso hoy, han pasado a ser instrumento de la investigación histórica, las informaciones de prensa y los artículos de opinión, que completan de una manera más real la reconstrucción de hechos ya pasados. Esto permite la confrontación inmediata de la obra de un autor con los hechos analizados y su consiguiente ubicación ideológica, lo que hace posible un menor margen de error al informar en el aula sobre la base de esta nueva historiografía. El maestro lector, sabe exactamente a qué atenerse respecto de un autor.

Un historiador debe describir el proceso histórico descubriendo en él toda su variedad. Peculiaridades y singularidades del fenómeno, deben exponerse para hacer más clara su comprensión. Por eso la crítica histórica, el examen documental debe ser exhaustivo, leer entre líneas lo que no se dice en un documento.

El historiador venezolano ha sufrido hasta hace pocos años, la traba de su propia formación dentro de un cuerpo de doctrinas o bien impuestas por el sistema o por profesores dogmáticos. Por eso Briceño Iragorry insistía en la necesidad de **“formar un recto concepto historicista que busque para la exposición y la crítica de los hechos, la aportación de las nuevas conclusiones filosóficas...”**.⁽²⁵⁾ Sin un conocimiento medianamente profundizado de las corrientes metodológicas que dan origen a la explosión de las Ciencias Sociales, y la referencia de ciertos autores contemporáneos, mal puede un investigador histórico trabajar sobre los procesos de desarrollo social de una nación. El historiador debe ser no sólo honesto sino responsable absoluto del conocimiento que transmite, porque la toma de conciencia que puede desprenderse de sus enseñanzas es también su responsabilidad. Don Mario lo manifiesta así cuando inicia sus charlas sobre tradiciones: ... **“con clara responsabilidad de lo que representa os hablaré esta tarde de la tradición como sentido creador y como fuerza defensiva de los pueblos...”**⁽²⁶⁾ Pero siempre es más audible la voz del caudillo que la del maestro. Debería componerse también para el caudillo un canon ético, basado en los pensamientos de Don Mario.

La moderna crítica histórica venezolana, ha catalogado nuestra historiografía según sus carencias o excesos. De acuerdo con esto, nuestra historiografía presenta: 1.- Pobreza temática; 2.- Fuerte carga anecdótica , 3.- Poca elaboración conceptual, 4.- Precaria base metodológica 5.- Soslayamiento de problemas o nudos temáticos que pudiesen afectar núcleos familiares o económicos o políticos poderosos, 6.- Culto a la personalidad heroica y otros aspectos de menor importancia..⁽²⁷⁾ Antes ya había Don Mario señalado algunas de estas cuestiones como vicios de la historiografía nacional, y porque la Historia tiene para él fuertes connotaciones morales, también debe servir como tribunal para juzgar sobre la honestidad de los ductores de nuestro pueblo.

(24) Halkin L. *ob cit.*, p. 16.

(25) Mario Briceño Iragorry, “Introducción y Defensa...” en *ob cit.*, p. 538.

(26) *Idem*, p. 603.

(27) Carrera D. Germán, *ob cit.*, p. XXIII.

CONCLUSIONES

Mario Briceño Iragorry es uno de los principales iniciadores de la Crítica Histórica en Venezuela. Su palabra orienta de manera indudable, los estudios históricos universitarios a partir de la década de los cincuenta. Es también el historiador que revaloriza con mayor propiedad la etapa provincial-colonial de nuestra historia, induciendo a muchos nuevos en el oficio, a la revisión de este período tan rico para explicar formas y vicios de épocas posteriores.

De su discurso, queda mucho por decir, pero se está al rescate de su palabra y el momento es bueno para reescucharlo con espíritu crítico y mente abierta, para dar a la Historia dentro de la educación de nuestras nuevas generaciones, el rol de liderazgo que verdaderamente la haga efectiva para la formación de nuestra Conciencia Nacional.

BIBLIOGRAFIA

- Briceño Iragorry, Mario, *Obras Selectas*, Madrid, Edime, 1966.
- Mensaje Sin Destino y Otros Ensayos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 126, 1988.
- Los Riberas*, Caracas, Edime, 1957
- Bobbio, Norberto y Niccola Matteucci, *Diccionario de Política*, 5ª edición, México, Siglo XXI Editores, 1987.
- Bulnes Aldunate, José María, "Determinaciones Retóricas del Discurso Político latinoamericano". En: *El Discurso Político*, México, UNA, 1980.
- Carrera Damas, Germán, *Historia de la Historiografía Venezolana*, Caracas, UCV., 1961.
- Chordá Frederic, Teodoro Martín e Isabel Rivero, *Diccionario de Términos Históricos y Afines*, 3ª edición, Madrid, Istmo, 1990.
- De la Plaza, Salvador, "El papel del Historiador en Venezuela," en *Teoría y Praxis*, Caracas, diciembre, 1969, N° 7-8.
- Gramsci, Antonio, *La Formación de los Intelectuales*, México, Grijalbo, 1967.
- Halkin León, E. *Iniciación a la Crítica Histórica*, Caracas, EBUC-UCV, 1968.
- Lefebvre, Georges, *El Nacimiento de la Historiografía Moderna*, Barcelona (España), Martínez Roca, 1974.
- Rama Carlos, *Nacionalismo e Historiografía en América Latina*, Madrid, Tecnos, 1981.
- Schaff, Adam, *Historia y Verdad*, 2ª edición, Barcelona (España), Grijalbo, 1976.